

0.10  
E. 24 e  
e. n.

# EDUCACIÓN

N<sup>OS.</sup> 82-83

ÓRGANO DE LA AIVEDE

Asociación de Inspectores y Visitadores de  
Escuelas y Directores Técnicos Especiales

SAN JOSÉ,  
COSTA RICA

• SETIEMBRE-OCTUBRE  
1 9 4 0

Imprenta Española

# SUMARIO

## PEDAGOGÍA

	AUTOR	PÁGINA
CÓMO ORGANIZAR EL TRABAJO EN LA CLASE.... ("EDUCACIÓN" CARACAS.)	B. OLIVER.....	3
LAS IDEAS PEDAGÓGICAS DE J. ORTEGA Y GASSET.....	D. CASANOVAS.....	10
("EDUCACIÓN" CARACAS). DIARIO DE CLASE.....	M. T. S.....	17

## INFORMACIÓN GENERAL

COSAS DE ANTAÑO.....	MANUEL ECHEVERRÍA	21
DISCURSO.....	R. CÉSPEDES M.....	33
DE LA SALUD DEL CUERPO.....	R. P. MORRIS.....	36
PARA LA VIDA.....	A. DE BENEDETTI.....	38
LOS AZTECAS.....	HAÚL MARTÍNEZ.....	39
EL CASO DE JUAN MORA.....	FRANCISCO MA. NÚÑEZ	49
SEGUROS DE VIDA DEL MAGISTERIO NACL. (LEY) (REGLAMENTO GENERAL).....		52
REGLAMENTO DE SUBSIDIOS.....		56
REGLAMENTO DE SUBSIDIOS.....		62
SARMIENTO, EDUCADOR.....	JULIO C. LABREA.....	66
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN FÍSICA (DISPOSICIONES RECIENTES).....		73
SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA DE COSTA RICA. (ESTATUTOS).....		76
BACHILLERATO. (DECRETO).....		81
ESCUELA DE HIGIENE. (DECRETO).....		83
INSTITUTO NACL. DE HIGIENE. (DECRETO).....		85
EL TRIGO.....	GASTÓN FIGUEIRA.....	87
EL TERNERITO.....	H. ZAMORA E.....	88

## NOTICIAS VARIAS

LA MARQUESA.....	FRANCISCO MA. NÚÑEZ	91
APUNTE.....	CARLOS LUIS VALLE..	95
CARTA.....	M. T. S.....	100
AUDICIÓN CORAL.....		102
EDUCACIÓN DE LA CASA.....	LELIA MUNSELL.....	104
LO QUE UNOS CHICOS OYERON.....	CARLOS GARCÍA U.....	107
ESCAZÚ.....	BENJAMÍN HERRERA..	109
REPAROS.....	SAMUEL ARGUEDAS... 110	

# PEDAGOGÍA



# EDUCACIÓN

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE INSPECTORES  
Y VISITADORES DE ESCUELAS Y DIRECTORES TÉCNICOS ESPECIALES

N<sup>os.</sup> 82-83

SETIEMBRE Y OCTUBRE 1940

Tomo Catorce

## CÓMO ORGANIZAR EL TRABAJO EN LA CLASE

B. OLIVER

En el momento que el maestro, preocupado por dar a su labor pedagógica un sentido de formación y capacitación, se enfrenta con su grupo de alumnos, le salen al paso multitud de problemas cuya realidad no puede soslayar, si quiere llenar dignamente su responsabilidad de educador y de cultivador de valores.

De estos problemas, unos se refieren a su **capacidad científica**, otros a su **preparación técnica**, otros a su **función social**. El más decisivo de estos aspectos es el de su **preparación técnica**, puesto que no será siempre el mejor educador el que únicamente posea un dominio de las materias de enseñanza ni aun el que disponga de facultades relevantes para la presentación y exposición del tema científico, literario, histórico, geográfico, artístico; sino el que posea una mayor capacidad para intervenir en la formación de los alumnos, en la conducción y desarrollo del contenido psíquico y biológico que constituye la infancia. Y decimos que esta segunda condición es más decisiva, porque, en el sentido vital de la escuela nueva, el maestro expositor de temas por hábil que sea su arte de cautivar y mantener la curiosidad y el interés de sus alumnos, debe, en la mayoría de los casos, ceder el lugar a la **intervención personal y activa del niño**. El centro del trabajo se ha desplazado del maestro a los alumnos y la función de interventor constante, definidor de tópicos docentes, ordenador de la disciplina y la activi-



dad social del grupo, va desviándose del educador para diluirse en la responsabilidad y la **participación individual y mancomunada** de los componentes de la clase. Tal es uno de los síntomas más específicos del nuevo sentido educativo.

Pero nótese que hemos subrayado intencionalmente las denominaciones de individuo y grupo, individuo y comunidad, porque esta especificación entraña una de las dificultades y a la vez una de las posibilidades más efectivas de nuestra escuela renovada.

Desde el momento que señalamos como condición principal en el maestro lo que Kerschensteiner llama "**la capacidad para dirigir la clase**", —nótese que no dice hacer sino dirigir—, capacidad que es la resultante de una aptitud vocacional avalada por una amplia capacitación técnica, planteamos uno de los más complejos requisitos para llevar con eficacia y sentido educativo la dirección de la clase; no como clase-masa, sino como agrupación de individualidades, casos diversos a resolver. Y esto teniendo presente que, al mismo tiempo que el desarrollo de todas las posibilidades que ofrece el individuo, la escuela debe atender, por manera efectiva, a la formación del sentido y condición de interdependencia social de cada niño en la comunidad escolar y de la conexión de ésta con la comunidad nacional. Por esta razón los educadores concuerdan en que la escuela que sólo tiende a lograr un saber homogéneo, un saber que se juzga necesario para situar al niño normalmente en la lucha de la vida, no cumple su misión específica: "educar para la diferenciación porque solamente así habrá a quienes se les ocurra abrir nuevos caminos en la vida".

Situada la cuestión en este terreno, el maestro necesita, en primer lugar, organizar el plan de actividades de su clase de manera que los alumnos puedan intervenir en la labor de acuerdo con su capacidad y de acuerdo con su ritmo de trabajo. Y surge inmediatamente el grave escollo que tanto entorpece a diario la marcha normal de la clase. Por una parte, los alumnos que llamamos inteligentes, sean ellos superdotados o simplemente bien dotados; en el plano opuesto los alumnos poco capacitados, difíciles, lentos, los que se comprenden dentro de la vasta denominación de ni-



ños "subnormales". Entre uno y otro grupo extremo queda lo que vulgarmente se llama el niño medio, regular, formando el grupo más numeroso del contingente escolar, que suele tomarse como tipo standard para la determinación cuantitativa y cualitativa de la materia de los programas, para la fijación del lindero que escalona los grados en la jerarquía escolar. A extremo y extremo de este grupo central, los elementos buenos y los deficientes constituyen un pesado lastre para la marcha normal cuando el maestro estructura la clase en una sola dimensión, en un solo plano de uniformidad de trabajo para todos los alumnos. Y aun este peligro de perturbación es menor por parte de los bien dotados, porque éstos saben, generalmente, proporcionarse medios de llenar el tiempo o las energías no invertidas en una labor que normalmente resuelven con más soltura y más economía de esfuerzo.

Pero el caso más complejo es el de los escolares poco capacitados, lentos, propensos a la fatiga, que no solamente impiden a los alumnos regulares avanzar normalmente sino que ellos, que en otras condiciones podrían lograr aunque en tiempos diferentes resultados normales, van tropezando de fracaso en fracaso: trabajos resueltos a medias; conocimientos surcados de lagunas, desconectados, mal asimilados; esfuerzos frustrados, que predisponen a la infraestimación y a la depresión de los resortes de la confianza y del estímulo.

Porque no ofrece duda que el rendimiento del niño depende estrictamente de la respuesta de sus disposiciones naturales, puesto que empeñarse en desarrollar capacidades que no existen es, no sólo perder el tiempo, sino condenar todos los esfuerzos al fracaso.

Esta realidad innegable ha constituido desde hace mucho tiempo la preocupación de los educadores que, con el afán de solucionar el problema, han venido multiplicando no sólo experiencias e investigaciones, sino también nuevos métodos y técnicas. Sickinger con su sistema de Manheim aborda en 1900, de una manera sistemática, esta dificultad a base de lo que llama una "división horizontal" de los alumnos según sus aptitudes. Y organiza su escuela a base de:



clases normales; clases débiles para los alumnos cuyo desarrollo es más lento y tardío y clases especiales para los subnormales susceptibles de desarrollo.

Puesta ya en marcha la idea de las clases diferenciadas y ante los resultados alentadores del sistema, surge la necesidad de atender, por igual razón, a los superdotados y se crean las llamadas "clases fuertes".

A su vez van apareciendo las clases para niños que presentan irregularidades de carácter o de afectividad, las clases movibles, las clases paralelas, etc.

En nuestros días la misma preocupación para sustituir la clase colectiva por una organización en que reciban atención adecuada las diferencias de capacidad, de ritmo de trabajo, de afectividad y de aptitud social, ha dado lugar a métodos y técnicas que se avalan con los nombres prestigiosos de Decroly, Cousinet, Kilpatrick, Mis Parkhurst, Washburne.

Aunque reconociendo el valor innegable de estos sistemas en las nuevas orientaciones pedagógicas, el problema complejo de la escuela venezolana actual no permite, por razones fáciles de comprender, producir de cuajo la implantación de estas modalidades educacionales. Pero mientras resolvemos este período de transición estamos en el deber de solucionar de una manera razonablemente pedagógica y a la vez factible, dentro de los medios de que dispone nuestro maestro, la cuestión de atender a las aptitudes diferenciales dentro de las posibilidades de la enseñanza colectiva.

En primer lugar hay que proceder a la clasificación de los alumnos en amplios grupos mentales homogéneos. Para ello el maestro cuenta hoy con tests, cuestionarios y sistemas de valoración dispuestos en forma sencilla y manejable, desde las clásicas escalas de Binet y Simon hasta las pruebas de Terman y Decroly, traducidas y adaptadas en muchas publicaciones pedagógicas.

Repito que no se trata, por el momento, sino de obtener una amplia clasificación elemental que, aunque imperfecta, representa un esfuerzo loable hacia la solución más científica de la diferenciación e individualización de la enseñanza. Me refiero a la clasificación de los niños de una clase



en: bien dotados, normales y subnormales. Descarto el niño anormal porque éste requiere tratamiento aparte.

Para esta clasificación el maestro partirá de los datos que a diario le ofrece el trabajo de clase, la actitud psicológica del niño en los diferentes momentos del proceso de aprendizaje, su conducta social. Procederá, después, a la aplicación de las pruebas o cuestionarios de referencia, con el fin de confirmar o corregir sus constataciones personales. Por estos dos caminos llegará a fijar grandes grupos de homogeneidad en el desarrollo mental, posibilidades, y grado cultural.

El maestro debe enfocar luego el problema que le plantean, por una parte, las exigencias didácticas y educativas impuestas por los programas y la organización escolar y, por otra, la condición pedagógica de que cada niño o grupo de niños avance al compás normal de sus capacidades y de su ritmo de trabajo. Todo ello se reduce a la cuestión de **cómo debe organizar su trabajo y el trabajo de los alumnos.**

A este objeto se le ofrecen varias soluciones:

a) Poner cada uno de los grupos en manos de niños mayores, más capacitados y reservarse para mantener la disciplina, revisar los grupos, tomar lecciones, dedicar especial atención a que los encargados de grupo estén en las mejores condiciones para cumplir su misión de **instructores.**

b) Que sea el propio maestro quien trabaje directamente con el grupo que reúne a su lado, por turno, mientras los grupos restantes permanecen en su puesto preparando los trabajos o **estudiando las lecciones**, que después el maestro deberá comprobar.

c) Que se adopte el sistema simultáneo. El maestro se enfrenta con toda la clase preguntando, planteando cuestiones, problemas a resolver, más o menos en concordancia con la capacitación y grado de conocimientos de los alumnos.

d) Que el maestro sin dejar de intervenir en la dirección, planeamiento y explanación de las diversas actividades de la clase, organice el trabajo de manera que cada grupo pueda disponer de un margen de tiempo durante el cual los niños se ocupen en labores adecuadas a su capacidad, a



sus aptitudes, a los dictados de su interés y de sus preocupaciones.

Desechadas las tres primeras soluciones, no cabe duda que la última es la más conforme con la finalidad que propugnamos. El sentido pedagógico del maestro le dictará la fórmula de organización más conveniente para que, mientras él trabaja con un grupo de niños en la preparación y planteamiento de una actividad o de un tema de programa, los niños de los otros grupos individualmente o reunidos en equipos, según las exigencias del trabajo, las afinidades o la concordancia de aptitudes, se ocupen en actividades resultantes del asunto estudiado y preparado con el maestro, pero gozando de un margen de libertad que les permita el cultivo de sus disposiciones peculiares, sus iniciativas, su sentido de autodeterminación y responsabilidad, la formación de capacidades de organización al par que la adquisición de destrezas en la expresión y en el proceso del aprendizaje.

El maestro, en este caso, debe invertir su mayor atención y cuidado en preparar y motivar el tema del trabajo, de tal manera que su desarrollo promueva la actividad del niño, le aleje de las soluciones librescas y memorísticas y despierte en él el sentido de lo útil y de lo práctico. Que el trabajo, efectuado bajo su dirección inmediata, sea tan atractivo, contenga tantas sugerencias y posibilidades de actuación y de realizaciones manuales, que quede con ello asegurado el interés y la eficacia de la labor que los niños deban después desarrollar por sí solos.

En esta etapa el maestro podrá utilizar como medio eficaz, para encuadrar y sistematizar el desarrollo del trabajo libre, la solución metodológica que estime más conveniente a la finalidad educativa y a la exigencia didáctica de la materia que se trabaja: actividad globalizada, unidad de aprendizaje, correlación, proyecto, daltonización, etc.

No hay que perder de vista que el objetivo fundamental, que se persigue aquí, es poner en función todas las fuerzas que integran el complejo intelectual del niño: raciocinio, actividad creadora, observación, discriminación, asociación; actividades que recibirán su confirmación en la expresión

oral, gráfica y manual. Aprovechar toda coyuntura para fomentar la colaboración entre los escolares, la formación de equipos, el sentido de interdependencia y de prestación de servicios. Que los más aptos sepan utilizar su situación privilegiada en provecho y ayuda de los otros compañeros y en beneficio del mejor rendimiento de la clase.

(De "Educación", Caracas).



# LAS IDEAS PEDAGÓGICAS DE J. ORTEGA Y GASSET

D. CASANOVAS

## I

### LA PERSONALIDAD DE ORTEGA Y GASSET

No es menester hablar de ella; la obra de Ortega y Gasset es asaz conocida en el mundo entero y particularmente en el hispano, para que tengan sentido unas notas de presentación del autor de "Las meditaciones del Quijote".

Sin embargo, tiene quizás alguna utilidad la audacia de recoger unos rasgos de la mentalidad de Ortega y Gasset, especialmente orientadores para conocer su pensamiento en lo que concierne a temas psicológicos y pedagógicos.

En su extensa bibliografía, parecen descollar los libros destinados a enjuiciar la realidad actual y circundante, el ambiente histórico de nuestros días: "La rebelión de las masas", "El tema de nuestro tiempo" y "España invertebrada" son tanteos capitales de la Filosofía de la Historia aplicada a interpretar la vecindad local y temporal del autor; toda la Filosofía de Ortega se vierte hacia el presente, en un afán arduo y genial de situarse a sí mismo en marcha, de fijar el paisaje, de ser "espectador" inteligente, de escribir "notas de andar y ver"; en una palabra, de precisar su **circunstancia**.

Ortega no es un filósofo de lo estático sino de lo dinámico; todo es en él sugestión y movimiento: deporte, juego; sus palabras favoritas son el verbo disparar y los sustantivos tensión y brinco.

Su lenguaje como su pensamiento constituyen el panegírico práctico de la agilidad. Por eso su originalidad pro-

funda está por encima, o tal vez por debajo, de todas las influencias que haya podido recibir. Influencias ciertamente variadas y eficientes. Ortega tendrá siempre su manera de ver y de decir, absolutamente inconfundible. Es el dinamismo ligero, sin gravedad aparente, como un movimiento gracioso.

## II

**SI SE ATREVIESE A TENER IDEAS PEDAGÓGICAS...**

Según propia confesión, Ortega y Gasset no se atreve a tener ideas pedagógicas. Así se infiere de la lectura de su notable ensayo sobre "Biología y Pedagogía" escrito a propósito de una Real Orden Española que impuso como obligatoria la lectura del Quijote en las escuelas primarias. Ortega y Gasset encuentra impropia la lectura, coincidiendo en ello con Antonio Zozaya; pero las razones de Ortega difieren esencialmente de las de este pedagogo, lo que le da motivo para esbozar un concepto interesantísimo de lo que deba ser la educación con respecto a la vida y a la psicología del niño.

Ortega y Gasset no se atreve a tener ideas pedagógicas y cree que sólo por un desliz podría sorprenderse "alguna vez en flagrante pedagogía". Desde luego, Ortega y Gasset, tiene no pocas ideas pedagógicas nada comunes. No se atreverá a tenerlas, pero las tiene.

Las tiene en íntima conexión con su filosofía y con su modo de ser. No hay una pedagogía de Ortega y Gasset, en el sentido de un sistema pedagógico ordenado y completo: pero hay un pensamiento pedagógico de Ortega, de la más alta calidad.

Las presentes notas aspiran a resumirlo, como en una conversación. Conversación con los que hayan leído las páginas del maestro, y con los que acaso no las conozcan, contando con el perdón de los primeros y el interés de los segundos.



## III

## EL NIÑO Y EL HOMBRE. — LA METÁFORA DEL CASCABEL

Para Ortega, la psicología del niño se distingue por completo de la del hombre maduro, como se distingue el mundo infantil del mundo de la edad adulta. El niño no distingue bien entre el deseo y el querer propiamente dicho; entre lo posible y lo imposible; no deslinda tanto la realidad como para estropear la belleza de sus ilusiones; el alma del niño es la verdadera varita mágica del “mesita com-ponte”, del mundo de las hadas y de los hechizos encantadores.

Ortega coincide fundamentalmente con Zulueta en que el niño de hoy no es el hombre de mañana; en que es un error grave de perspectiva tratar al niño en función del hombre adulto que ha de ser en un futuro próximo; el niño tiene una mentalidad específica, distinta.

Sería más propio buscar en el adulto de hoy el niño de ayer. Es decir, que en lo más recóndito de cada hombre maduro se oculta el niño que fué; bajo la corteza de las preocupaciones y de las gravedades, existe la travesura infantil. “Este díscolo personaje interior es el que nos hace tal vez reír en medio de un duelo, o decir una impertinencia a un grave Magistrado, o seguir tomando el sol cuando el deber nos obliga a ausentarnos. Somos todos, en varia medida, como el cascabel, criaturas dobles con una coraza externa, que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para liberarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión. El trino alegre que hacia afuera envía el cascabel está hecho por dentro con las quejas doloridas de su cordial piedrezuela. Así, el canto del poeta y la palabra del sabio, la ambición del político y el gesto del guerrero son siempre ecos adultos de un incorregible niño prisionero”.

Este niño interior que en nosotros se oculta, conserva a menudo las heridas que recibió en la infancia pretérita.



Todos los psicólogos modernos han hecho hincapié sobre el caso. De suerte que tratar al niño como niño ha de constituir el mayor acierto, no sólo para el período mismo de la puerilidad, sino para el pretendido hombre de mañana.

#### IV

### VITALIDAD PRIMITIVA

En suma, lo más esencial y sano de la psicología del niño es su resuelta primitividad; la vida es en la infancia plenitud de horizontes, riqueza de deseos e ilusiones, carencia de las cortapisas de la realidad y del pensamiento lógico.

Hay en todo niño un cierto salvajismo que el pedagogo no puede destruir sino que ha de respetar, so pena de herir o deformar la vitalidad espléndida del discípulo. La espontaneidad infantil es la espontaneidad que perdura bajo las formas de la civilización y de la cultura, bajo los medios e instrumentos técnicos. Sin ella, la técnica y la cultura misma se convierten en mecanismos, en especializaciones, en deformaciones: en anquilosamiento del ser, en empobrecimiento de sus posibilidades.

Lo primitivo se repite en todo niño a lo largo de todos los siglos: es lamentable que la Pedagogía corriente, lo cubra y lo disfrace. Hay que defender la vida contra los precipitados vitales que, si son útiles mientras sirven de medios, son perniciosos cuando dominan la personalidad.

El alma del niño es el exponente más elevado de la vitalidad dueña de todas las formas; el niño es audaz, emprendedor y juguetón; se proyecta en deseos múltiples, en ambición y movimiento. Esclavizar este ímpetu constituye sin duda, el más grave delito contra la puerilidad, contra la fuente de la vida misma.

En todo hombre puede encontrarse un pulso vital que es el coeficiente de espontaneidad que ha conservado de su infancia; hay para Ortega hombres de pulso ascendente, emprendedores, que sienten brotar su actuación de un torrente pleno de energías y de abundancia interior; hay al contrario hombres de pulso vital descendente, dominados



por la impresión de insuficiencia y de desconfianza en sí mismos. Estos últimos han perdido el ritmo de su espontaneidad y viven en cualquier edad una infancia fracasada.

## V

### LO QUE DEBE SER LA EDUCACIÓN

Semejante concepción de la vitalidad primitiva no implica en modo alguno el retorno artificioso al estado de naturaleza que proponía Rousseau, ni la práctica de una Pedagogía negativa. Antes al contrario, se trata de salvar la ingenuidad subsistente bajo la cultura, para hacer que ésta sea más flexible y más personal.

La Escuela debe favorecer en lo posible la espontaneidad pueril mediante el proceso de la educación. "Una Pedagogía que quiera hacerse digna de la hora presente y ponerse a la altura de la nueva biología tiene que intentar la sistematización de esta vitalidad espontánea, armonizándola en sus componentes, hallando métodos para aumentarla, equilibrarla y corregir sus deformaciones... Lejos de abandonar la naturaleza del niño a su libérrimo desarrollo, yo pediría, por lo menos que se potencie esa naturaleza, que se la intensifique por medio de artificios. Estos artificios son precisamente la educación. La educación negativa es el artificio que se ignora a sí mismo, es una hipocresía y una ingenuidad. La educación no podrá ser nunca una ficción de la naturalidad. Cuanto menos se reconozca como una intervención reflexiva e innatural, cuanto más pretenda imitar a la Naturaleza, más se aleja de ella haciendo más complicada, sutil y refinada la farsa".

Entre los artificios pedagógicos así propuestos, Ortega y Gasset escoge los mitos por su particular eficacia y valor poético. Los mitos responden a la imaginación alada del niño, a su afán irrealista de gesto y nobleza. Basta ver, para apoyar este aserto, cómo son los mitos fuentes permanentes de inspiración para el arte y la cultura espiritual. No se trata de **adaptarse** a la realidad, sino de crear eficazmente el propio mundo.



A juicio de Ortega el niño debe ser nimbado por una aureola de sentimientos a la vez "audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas". Para ello es necesario fomentar en él, deliberadamente, algo de violencia y de dureza, eliminando de su alrededor todo lo que pueda menguar su actitud confiada y hacerle desconfiar de sí mismo y del mundo.

No hay que temer por otra parte el desengaño de la edad madura, cuando se desplomen los mitos; el advenimiento del realismo adulto dejará subsistente el aliento generoso y audaz de la leyenda vívida.

## VI

### LO QUE NO DEBE SER LA EDUCACIÓN

No debe ser practicista en el sentido corriente de este vocablo, ni dejarse llevar por afanes de especialismo o de enseñanza técnica. En la Escuela sobra el Quijote y sobra Hamlet por el refinamiento cultural de estos personajes; pero sobra también el periódico y las nociones técnicas en la medida en que estas cosas puedan perturbar el desarrollo de la espontaneidad vital.

Sería ridículo enseñar al niño a montar en bicicleta sin enseñarle a andar. Lo primero es lo primero: y lo primero en el niño es afirmarse como capacidad vital. No es que se menosprecien los conocimientos prácticos: es que en la educación hay que seleccionar y un caudal morigerado de tales conocimientos puede restar tiempo y eficacia a lo más sustantivo de la educación.

Cuando esté formada la mentalidad del muchacho como capacidad de pensamiento y de reacción y como orientación personal, entonces habrá tiempo sobrado y espacio oportuno para iniciarle en los medios que la civilización y la cultura ponen en sus manos.

La educación no puede ser un proceso de precipitación: construye un edificio que hay que empezar por la base: nada debe ser propuesto en ella antes que el afianzamiento de la espontaneidad primitiva; nada que menoscabe esta primordial preparación.



Precisamente, Ortega y Gasset ha trazado con maestría y destreza el cuadro esquemático de lo que debe ser la educación superior, la educación universitaria, una vez que se han logrado ya los primeros objetivos pedagógicos. En su libro "Misión de la Universidad" nos lo explica. Pero esto, por su amplitud y naturaleza, bien merece capítulo aparte.

(De "Educación", Caracas).

## DIARIO DE CLASE

M. T. S.

1. Prefieren unos maestros hacer el Diario en forma de historia de cada día. Los jefes de circuito piden, en cambio, que el Diario tenga los planes de trabajo, de manera que en ellos se vea qué se va a hacer y, luego, en unas pocas líneas, la explicación acerca de si fué posible realizar los planes.
2. Los planes de lección son indispensables. Aun cuando el maestro sea muy hábil y lleve mucho entusiasmo para el trabajo, la lección no puede ser siempre provechosa cuando no pensamos antes en lo que se va a hacer. Esa reflexión previa se escribe la víspera y así tenemos un buen Diario de Clase.
3. Sin plan de trabajo se pierde mucho tiempo. Se podría pensar que la lección apenas tiene 30 minutos; pero generalmente en una clase hay 30 alumnos. Luego, es justo que al apreciar el tiempo que podemos perder en una lección que no se preparó, multipliquemos así  $30 \times 30$ . Tantos son los minutos que no se aprovecharon por haber olvidado la preparación de una lección.
4. Muchos maestros hacen brillantes lecciones sin haberlas preparado; este argumento lo hemos oído varias veces. Sin embargo, existe el peligro de que una vez fracase quien tiene tanta habilidad, y después de todo deben ser muy pocas las personas que puedan alcanzar grandes éxitos así. A veces, por casualidad, hacemos una buena lección sin haberla preparado con el debido tiempo. Finalmente, ¿quién diría: "Yo hago buenas lecciones sin prepararlas el día anterior"? Sería muy poca humildad para el espíritu de un gran maestro.
5. Ya estamos acostumbrados a decir "hacer lecciones" en



vez de "dar lecciones". Si decimos "dar lecciones", afirmamos que una persona recibe pasivamente la enseñanza. "Hacer una lección" hace pensar en que todos los alumnos están en actividad y que el maestro es apenas una de las unidades activas de la clase.

6. Si una lección de corte académico, expositivo, hace necesario el plan de lección, más lo hará, en nuestra escuela vitalizada, una lección activa que "se hace" con la cooperación de todos los alumnos.
7. El plan de lección debe indicar: a) la introducción; b) el lugar donde se trabajará, (el aula, el jardín, la huerta, el corredor, la cocina, la calle); c) el material que usarán los niños, (barro, arena, arcilla, cartón, papel, lápiz, madera, fibras, etc.); d) el método; e) la materia de estudio.
8. Cuanto menos improvisemos las lecciones, mayor será la satisfacción que recoja el maestro del trabajo que realiza; la preparación es camino seguro para obtener los mejores resultados.



## INFORMACIÓN GENERAL



# COSAS DE ANTAÑO

MANUEL ECHEVERRÍA

**Costumbres patriarcales. — Vida de los cartagineses hace medio siglo.**

He aquí el tema que voy a desarrollar en sencilla charla, sin pretensiones de conferencia ni de catedrático pedante, pues no es este mi estilo y me gusta decir las cosas del modo más simple y más fácil de comprender, y si es posible darle al discurso algo de buen humor, que es la alegría del espíritu y que a todos nos place, pues como decía Horacio, hay que ilustrar y dar buen consejo, deleitando al lector. Doy las más expresivas gracias a la Dirección de esta noble escuela que me ha honrado llamándome sin tener yo otro mérito que mi cariño intenso por la niñez y la juventud estudiosa y particularmente por la de Cartago, cuna y crisol de nuestra querida Costa Rica.

No hablaré de la Cartago Colonial, dependencia de Guatemala, pobre y semi-abandonada por la Metrópoli y más o menos mal gobernada por señorones españoles, salvo por supuesto, honrosas excepciones.

Me ocuparé de Cartago del siglo pasado, del glorioso siglo 19, inmortal en el campo de la Historia y a cuyo impulso magnético se ha ido formando nuestra agrupación social, avanzando siempre sin duda, pero tal vez en algunas cosas con demasiada rapidez o con pretenciosa imitación de otras agrupaciones mayores y de diversa índole.

El año de 1804, al alborar el siglo se notó en nuestro cielo un fenómeno raro, que aquí no se ha repetido y que es conocido con el nombre de Aurora boreal. Iluminó el espacio por largo tiempo como un nutrido fuego artificial o una serie no interrumpida de luces de colores, que franca-



mente asustaron a nuestros abuelos, pues entonces se decía que "Señales en el Cielo, desgracias en la tierra".

Fué el año en que Napoleón se coronó Emperador, lo cual sí fué considerado como una desgracia para la humanidad porque dejaba de ser el juicioso legislador, organizador y sabio, para convertirse en Conquistador del mundo por medio de la fuerza, lo cual no logró, como ninguno de los anteriores tiranos de la Historia.

Cartago obtuvo el título de muy noble y leal Ciudad, lo cual ennobleció a todos sus vecinos, por haber sido leal al Rey de España y enemiga del tirano francés. Así consta o se hacía constar en las ejecutorias de los padres don Juan Manuel Carazo y don Félix Alvarado Jirón, que yo conservo.

Las principales familias de Cartago eran realmente nobles no sólo por su origen, sino por su comportamiento, sus costumbres austeras y bondadosas al mismo tiempo y por su refinada educación. Recordemos con veneración y con respeto a los Alvarados, Carazos, Oreamunos, Jiménez, Sanchos de Castañeda, Bonillas, Echeverrías, Navas, Peraltas y Zamoras.

¿Sus costumbres? Se pueden resumir en el siguiente verso de Batres Montúfar:

"Vestíase a las seis de la mañana; iba a misa, tomaba chocolate, asomábase un rato a la ventana, rezaba el "pueridomine laudate" Sentábase a almorzar con buena gana, fumaba un cigarrillo por remate, dormía siesta y cuando no dormía, la cabeza, sin falta, le dolía".

Se levantaban, pues, con la aurora; también lo hacían las señoras que dedicaban su vida entera al culto divino y al culto de la familia y del hogar.

Los caballeros que no desempeñaban cargos públicos, se dedicaban a la agricultura y formaron plantaciones de cacao en Matina, empleando lo menos cuatro días en el camino, o muy buenas ganaderías en el Guanacaste, para cuyo viaje había que dedicar uno o dos meses con bastimento suficiente llevado en mulas de carga. Los quesos que venían de Bagaces eran de fama y muy merecida; no se les quitaba la mantequilla y con ellos se hacían aquellas tortillas pa-



ra el chocolate que se deshacían al partirlas, en hebras como doradas melcochas.

Las diversiones o distracciones no eran muchas: se festejaban los matrimonios, los aniversarios de los padres y de vez en cuando algún baile familiar y a veces público y de tono dado por el Gobierno o la Municipalidad.

En las reuniones se tomaba como todo licor mistela de leche y la música o era de cuerda o con piano después, ya cuando don Vicente Lachner, padre de nuestro querido doctor y luego don José Campabadal y don Roberto Wricoechea pulsaron esa arpa horizontal de admirables registros. El primer piano o clavicordio que yo conocí fué en casa de doña Gertrudis Peralta que habitaba en donde está hoy la escuela Jesús Jiménez.

Mi abuelita, doña María P. Alvarado, era maestra de primeras letras y enseñaba a leer en la Cartilla, a contar o restar con los dedos; la doctrina Cristiana por el Catecismo del Padre Gerónimo Ripalda, jesuíta del tiempo de Felipe II.

También enseñaba Geografía. El mundo para ella se componía de Guatemala, España, Roma, Jerusalén y el Cielo, ni más ni menos.

¡Qué lejos estaban entonces nuestros abuelos de sospechar siquiera la existencia de otras tierras ni otros mundos, ni nada de las fantasías de Copérnico ni de los millones de astros y estrellas y soles y vías lácteas que ensancharon el cielo y que lo han colocado a enorme distancia de Cartago!

Dichosos ellos, cuyas plegarias debían ser escuchadas en el Paraíso como escuchamos hoy en el radio los discursos de Londres y las noticias de Berlín. ¡Con cuánta fe y confianza se decía: Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nos tu reino, hágase tu voluntad y perdónanos nuestras deudas!

Nadie dudaba de ser oído y ninguno pensaba en filosofías disolventes ni en nada que no fuera lo que la Santa Iglesia nos manda saber, creer y hacer.

Nadie dejaba de oír su misa entera cada domingo y fiestas de guardar, y se amaba y temía realmente a Dios que tan cerca de nosotros se hallaba.

El lujo no se conocía; los señores asistían a las ceremo-



nias públicas con chupas o levitines de zaraza; las damas usaban zapatillas morunas de género y para salir a la calle calzaban los zuecos de madera que resonaban en las baldosas.

No había cañería; el agua se tomaba, para todos los usos, de una acequia o atarjea bien distribuída por toda la ciudad y ya en algunas casas había pozos y las familias más aseadas traían el precioso líquido de alguna fuente cercana. Se creía que recogiendo el agua temprano estaba limpia para llenar la tinaja de barro o la destiladera de piedra.

No existían los microbios, ni los infusorios, ni las amebas, ni las espiroquetas pálidas, ni había vitaminas alfabéticas más que en la sopa de fideos de letras.

Sólo se padecía de pasmo, de anasarca o de alferecía y las gentes morían de viejas y de los cuarenta años en adelante nadie se bañaba. El refrán decía: de cuarenta para arriba, no mojes la barriga, o más vale tierra en cuerpo que cuerpo en tierra.

Se enterraba a los muertos en la pura tierra, ni más bóvedas ni mamposterías.

No había monumentos ni mármoles ni estatuas; una simple cruz de madera y se acabó.

¡Cuán pronto se confundieron los cuerpos con la madre tierra! ¡Nada quedaba al cabo de pocos años allí, pues todo se transformaba por la ley natural!

¿En dónde están los Gobernadores de Costa Rica, los oidores, los tesoreros reales, los clérigos, las grandes señoras? No queda en Cartago ni señales de los panteones o cementerios, y como dice Núñez de Arce en su admirable soneto:

“Quiso imponer al mundo su memoria  
un rey en su soberbia desmedida,  
y por miles de esclavos construída,  
erigió una pirámide mortuoria.

Vano y estéril sueño; ya la Historia  
no recuerda su nombre ni su vida,  
que el tiempo ciego en su veloz corrida  
dejó la tumba y se llevó la gloria.

El polvo que en el hueco de la mano  
contempla absorto el caminante, ¿ha sido  
parte de un siervo? ¿o parte de un tirano?



¡Ah! ¡Todo va revuelto y confundido!  
¿Qué guarda Dios, para el orgullo humano?  
Sólo una eternidad, ¡La del olvido!

¿Para qué, pues, esos lujos y vanidades de los vivos con el pretexto de los muertos?

En las casas particulares se ordeñaba las vacas en la calle, por el mismo patrón y sus hijos y yo vi señores llevando sus terneros al potrero y trayendo el pasto atravesado en su montura.

El respeto entre la alta sociedad, era notorio. Las visitas eran cortas, de verdaderos diplomáticos, ceremoniosas y sin chismes alevés ni maliciosas críticas.

Antes de que la Constitución lo consignara, "la vida ajena era inviolable" entonces.

La mala novela no venía al país, ni había periódicos engañadores llenos de vergonzosas adulaciones. Los presidentes seguían siendo simples ciudadanos que vivían en su casa e iban al despacho a sus horas como cualquier otro empleado.

Don José Rafael de Gallegos iba a su finca de los Yoses en la mañana y volvía, con las alforjas llenas de plátanos que le ponía su mandador, a amarrar la yegua en la argolla de la acera de su casa.

Yo conocí en Londres a su hija doña Guadalupe, gran señora, esposa de don Mariano Montealegre Fernández, ante una mesa de no pintado pino, escogiendo frijoles de Costa Rica. ¡No pude menos que saludarla con toda reverencia como digna hija de aquel ilustre presidente!

Doña Froilana Carranza, esposa de don Braulio Carrillo, fué obstétrica; yo nací en sus brazos.

Don Jesús Jiménez enseñó a las señoras de Cartago a manejar la máquina de coser y el doctor Montealegre siguió visitando a sus enfermos siendo presidente.

Don José María Castro y don Vicente Aguilar se dedicaban a la ganadería y agricultura y con don Juanito Mora al comercio. Don Manuel Carazo vendía géneros tras el mostrador, con su señora esposa, doña María Toribia Peralta y Echeverría nada menos.



Reinaba en el país la verdadera y bien entendida democracia; había jerarquías sociales y había respeto mutuo: el hijo respetaba a sus padres, los esposos se eran fieles y amorosos y los criados y peones amaban a sus amos y éstos a aquéllos, como miembros todos de la familia. Entonces había buen servicio doméstico porque las señoras y señoritas, óigase bien, sabían hacerlo todo: quesos, cajetas, moler el cacao y el maíz y en fin cuanto era menester. Su espejo era la olla del maíz por cierto y por eso la madre al reprender a una hija un poco coqueta, le decía: "Vos no hacés más que ir de la olla a la ventana". Las criadas imitaban gustosas a las niñas; eran gentes de buenas familias pobres y tenían a honra servir en las casas principales. Así se acostumbraba en España, como lo refiere el Gil Blas de Santillana.

Aquí vino don José M. Peralta de una noble familia de Jaen, como paje del señor Obispo don Esteban Lorenzo de Tristán; don Héctor Pollini, fué paje y familiar del Obispo don Anselmo Llorente y Lafuente, don Gaetano de Benedictis lo fué de Monseñor don Luis Bruscheti.

Yo vine a Cartago por vez primera de cinco años, ya hace, pues, sesenta y cinco. ¡Parece mentira! Me trajo mi padre en diligencia, con motivo de la gravedad de mi tío abuelo don Cayetano Alvarado y Carazo, que quería darme su bendición antes de morir.

La diligencia era un vehículo de ruedas de hierro, capaz para doce personas, tirado por cuatro caballos y que hacía el trayecto una vez por día, lo mismo que a Heredia y Alajuela.

Para Puntarenas salía la diligencia dos veces al mes de San José y era bastante.

Los mayores eran españoles: Pepe Feo, Pedro Manno, Juan Rusel, Joaquín Berrocal.

Las carreteras de piedra eran buenas para aquella época; el ferrocarril hizo que se abandonaran y perdieran y hoy volvemos a darle la preferencia sobre las vías de rieles por muchos motivos: las llantas de hule, la gasolina, el asfalto, el concreto, todo lo cual aumenta la velocidad y abarata el transporte y lo facilita, pues una carretera es vía libre para todos y no monopolio de una empresa; el material ro-



dante que es fabulosamente valioso pertenece a miles de personas y no a una compañía; no hay que respetar itinerario alguno; cada uno sale de su casa a la hora que quiera y en el vehículo que quiera, o tenga de día o de noche y llega al punto de destinación sin estaciones obligatorias, pudiendo parar en cualquier parte, lo cual habilita los terrenos palmo a palmo y les da valor por tanto. In illo tempore Cartago era una ciudad colonial muy española, parecida a Córdoba y a otras ciudades de Andalucía, con sus grandes casas (cuatro en cada manzana) patios, corredores enclaustrados y huertos y solares.

Don Francisco Kurtze, alemán, fabricó los mayores edificios de piedra: las demás casas eran de adobes o bajareque y tejas de barro cocido así como los pisos eran de ladrillo.

En las huertas había gran variedad de frutas: membrillos, granadas, manzanillas, duraznos, higos deliciosos, naranjas, limas, limones y cien más.

Los jardines eran una delicia llenos de rosas de Jericó, azucenas, lirios y nardos de Cot y de Tierra Blanca.

A nadie se le ocurría importar uvas ni peras, ni manzanas de California y en el paseo o en el baile las apuestas doncellas lucían con una bellísima rosa o un clavel sevillano en el peinado.

A propósito: se llevaban entonces las altísimas peinetas de carey enormes, las joyas de oro y perlas del Golfo de Nicoya y gargantillas de ámbar amarillo, trajes de crinolina y peinados de atado y redecillas como se están usando ahora.

Se bailaba lanceros y cuadrillas que eran muy elegantes y de lucimiento para las damas y caballeros, polkas, mazurcas, schotish y valeses suaves al estilo de Straus o vertiginosos y a dos tiempos.

Todo era sencillez y moderación. Los viajes a Europa eran muy raros y nuestras necesidades se llenaban con muy poco.

Los empréstitos hechos por Tomás Guardia llenaron de oro el país por algún tiempo y empezó el desequilibrio y el desorden, el lujo y el despilfarro.



Aun pesa sobre la nación la enorme deuda contraída con los banqueros judíos de Londres.

No había todavía telégrafo; el Correo se hacía a caballo por Bruno Meneses una vez al día y los viajeros o visitantes nos alojábamos en la familia pues no había hoteles, antes de que don Francisco Orlich fundara uno y bueno, como ha fundado después en San Ramón una familia honorabilísima que entre otras cosas, nos ha dado dos excelentes diputados.

Julio Valle era el Benvenuto Cellini, el orfebre de Cartago y hacía primorosas filigranas de oro y plata, mientras que Ña Paula Arcia, se esmeraba en presentar en su ventecita de la calle real, confites de almendra de cacao, africanos amarillos como canarios y azucarados bizcochuelos de nieve que parecía que iban a hacer la primera comunión.

Don Luis Pacheco, gran militar de la guerra del 56, tenía zapatería. Ya en 1876 tenía su escuela don Francisco Ulloa Mata; yo fuí su discípulo con mi fraternal amigo de siempre, Nicolás Oreamuno, que desde entonces descollaba por su juicio, su talento y su aplicación al estudio.

Don Chico Ulloa era un tipo muy característico y muy especial. Corpulento, de andar majestuoso, sombrero alto, mucha prosopopeya y de hablar selecto y castizo.

Tenía un periódico "El Eco del Irazú", e hizo una muy buena gramática. He aquí un epigrama suyo:

"A un juzgado, un indigente  
a pedir limosna fué.  
—¿Qué quiere usted que le dé?  
le preguntó un escribiente.  
—Déme usted lo que tenga  
dijo el hombre del bordón.  
—Pues de lo que tengo, doy:  
Tome un auto de prisión".

Fué maestro por más de medio siglo y no me explico cómo no se habla de él en la monografía de Cartago de: muy inteligente y cuidadoso maestro don Jesús Mata Gamboa. Por lo menos yo no lo recuerdo. El mercado de víveres se hacía en la plaza, hoy Parque Central, los jueves y los



domingos nada más, bajo la sombra de hermosos higuerones que hubo que destruir por ser enemigos de las modernas cloacas. Allí, sentadas en el suelo o en banquetas portátiles, las indias de Cot y de Orosí, envueltas en su blanca manta y peinadas de trenzas vendían melcochas, huevos, cacao, que era recibido como moneda también, chirraca y copal, rosquillas de maíz crudo, tamales de elote, moras, tortillas, chumicos, frutas y legumbres, mientras que los vendedores de papas, maíz, frijoles, plátanos y chayotes, de pie al frente de su montón, medían en la cajuela o el cuartillo.

Alrededor de la plaza se armaban las truchas de tenue madera y manta y allí vendían al pueblo géneros y baratijas, los jóvenes de las casas principales.

Fueron trucheros don Ramón Troyo el millonario, don Alejandro Sancho, don Jesús y don Zacarías Pacheco, don Francisco Peralta, don Desiderio Oreamuno, el gran don Desiderio, hombre a carta cabal, de un carácter de lo más agradable y de una generosidad poco común.

Estos jóvenes iban también a vender a las otras ciudades con sus truchas que iban en carretas y cada uno con su vara de medir a caballo. ¡Oh, tiempos sencillos y sin complicaciones, en que se gozaba sin congojas económicas y se sufría con cristiana resignación! ¡Ya no volverán! ¡Detengámonos! Reflexionemos y volvamos con firme voluntad y confianza a la vida sencilla de nuestros padres, sin abusar de nada, ni aún los muy ricos, que hay miles de pobres en el país y sin exageraciones ni ridículas imitaciones de los grandes señores de otros lugares, muchas veces mayores que estas aldeas nuestras, pues de lo contrario caeremos no sólo en ridículo, sino, a la larga, en la miseria.

## ANÉCDOTAS

Me contaba mi abuelita, que llegó a los ochenta años, que allá en los años de 1822, a raíz de la Independencia, introdujeron de Panamá los señores Oreamunos, en la sociedad de Cartago, el baile agarrado, pues anteriormente, sólo se ejecutaban bailes sueltos: minués, cachuchas, de Cádiz, jotas aragonesas, etc.



En el convento había quedado como única lámpara vigilante, el Padre Quintana, fray Francisco Quintana, español, castellano viejo, austero de costumbres y de conducta ejemplar; dicen que veía el porvenir y profetizaba. Tenía como lego a fray Manuel Coto, de Guatemala, muy metido en docena, que tenía que ver con todo el mundo, mentiroso con mucha gracia y que se hacía invitar a comer en todas las casas con mucho arte y maña.

El baile ardía de entusiasmo en casa de don Tranquilino Bonilla, frente al Convento. Lo vió fray Manuel entre la multitud de curiosos y fué con el cuento.

¡Padre Quintana, allí donde don Tranquilino están bailando las señoras agarradas con los señores! ¡María Santísima!

No puede ser, dijo el fraile. Pues venga y véalo con sus propios ojos. Descolgó fray Quintana un gran Crucifijo de la pared, lo ocultó bajo el balandrán, atravesó la calle, vió aquel escándalo inaudito y entró al salón, puso el Cristo en el suelo y con voz tremenda les dijo: "Ahora bailen si se atreven sobre su Divina Majestad". Decía mi abuela que no había quedado allí bicho viviente. Todas las damas se eclipsaron por el foro, por las tapias de los solares vecinos por no caer entre la escandalizada multitud. Desde entonces, mi hijito, ya no volví a dejarme abrazar por nadie más que por mi marido y no bailaba más que suelto hasta la fecha. ¿Qué hubiera hecho el Padre Quintana viendo los bailes actuales estimulados por el high ball? Cae muerto de espanto.

Me contó doña Rafaelita Oreamuno que en un baile en que estaba don Ramón Jiménez, padre de don Jesús Jiménez y abuelo de don Ricardo, nuestros inmejorables presidentes, se le acercó la hija doña Dolores, casada con don Félix Sancho de Castañeda, a saludarlo respetuosa. ¿Dónde está su marido?, le preguntó. Señor, Sancho se quedó en casa algo cansado y se acostó. ¿Sí? Pues váyase usted inmediatamente a acostarse en el rincón de Sancho. Señoras encantadoras, ¿cuál de ustedes, francamente, prefiere hoy a un baile en el Nacional el rincón de su marido? Creo que



serían nones y no llegarían a tres. Ya se sabe a quien aludo y Dios me perdone a la mía.

El orden que reinaba en casa de doña Rosalía Aguilar de Guzmán, mi ilustre tía, era algo número uno. Qué silencio, qué limpieza, qué olor a membrillo en el salón y qué apacible bienestar en toda la mansión. Allí se hacía bizcocho y se vendía lo mismo que los quesos de Turrialba y las frutas del espléndido huerto. Tía Rosalía tenía la costumbre de jugar malilla, tresillo, con el señor Obispo Llorente y con Mamá Bi, madre del recordado amigo don Nicolás Casasola, de las siete a las ocho de la noche.

Si llegaba a esa hora alguien tocando: ¡tun, tun! ¿Quién es? Yo, doña Rosalía, que me manda mi ama a comprar cuatro reales de bizcocho. ¡Decile a tu ama que estas no son horas de vender bizcocho! ¡Y adelante con la malilla!

Para terminar: un cuento que puede censurar y aún suprimir el que no lo apruebe, apostando yo, que allá en sus adentros todos se reirán de la ocurrencia, por lo menos.

Había en el Jícaro un Cura muy inteligente y amigo de hacer dinero, para las ánimas, por supuesto, y el curato era una mina de oro, como nuestro Cristo de Esquipulas. Tenía el Cura una hermosa mula en que iba a administrar a los pueblos vecinos. Se muere la mula y el Cura ordena al sacristán enterrarla. ¿En dónde? ¡En la iglesia! ¿En la iglesia? ¡Y en el presbiterio! ¿En el presbiterio? ¡Sí, señor! Y así se hizo. Llegó el cuento al Obispo de Nicaragua y Costa Rica, Monseñor García Pelaes, llevado por interesados en sucederle en el codiciado curato y mandó llamar al Cura. Éste llegó montado en otra mula mejor que la difunta y llevando en las alforjas nueve mil pesos en oro y plata. Empieza el interrogatorio ante el venerable cabildo eclesiástico, el señor Notario y demás dignidades.

—¿Es cierto, señor Cura, que su merced mandó enterrar su mula?

—Sí, es verdad Ilustrísimo Señor.

—¿Y que la enterró en la iglesia y en el presbiterio?

—Es cierto Señoría Ilustrísima.

—¿Y no sabe usted, señor Cura, que con eso ha pecado

gravemente a lo prescrito por los cánones y demás leyes eclesiásticas?

—Ilustrísimo Señor: Yo no hice más que ejecutar, como albacea, la última voluntad de mi mula.

—¡Cómo! ¿Testó la mula?

—Sí, Ilustrísimo, testó; me nombró albacea, dispuso que fuera enterrada en el presbiterio y dejó estos nueve mil pesos para que de ellos disponga Su Señoría, dando parte al venerable cabildo, al señor Notario y demás acólitos; pero en un codicilo dijo que si la desenterraban, todo el dinero sería para mí.

El obispo recorrió con su mirada a la asamblea y dijo echando una solemne bendición de mano abierta:

—¡Mula que tal hace, requiescat in pace!

Lic. MANUEL ECHEVERRÍA.

Trabajo leído en la Escuela A. Esquivel de Cartago, en la Semana Cívica (1940).